

ADVERTENCIA

El relato que se narra a continuación llegó a mí de la manera más insospechada que puedas imaginar. Conocí a Jane Wright durante mi estancia en el Hospital San Miguel de una ciudad que habrá de quedar en el anonimato, no tanto por la propia Wright como por las causas que propiciaron mi reclusión en una de sus habitaciones. Jane me dio este manuscrito como quien entrega su mayor tesoro, confiando en una compañera que conocía de apenas unos días el legado que había ocupado durante años.

Me rogó su publicación. Un deseo difícil de cumplir, muy difícil teniendo en cuenta los tiempos que corren y mis conocimientos nulos al respecto. Sin embargo, la desesperación que acompañaba sus palabras impidió cualquier negativa. Si había dudado en llevar a cabo sus deseos, no pude menos que hacerlo cuando procedí a leer sus palabras.

Recuerdo haber pasado cuatro noches en vela buceando en sus memorias. Unos recuerdos que, si bien a día de hoy me siguen pareciendo inverosímiles, ofrecían tantos detalles que los hacían sentir reales. Ahí tuve clara mi decisión. Esta historia merecía ser contada y la prueba es el libro que tienes en las manos.

Me ahorraré los detalles sobre su puesta en circulación, del todo irrelevantes para la historia. Solo diré que no creí preciso —ni lo creo ahora— cambiar una sola coma de este manuscrito, respetando así los deseos de alguien a quien después de leer sus memorias llegué a considerar una verdadera amiga.

La autora.

«En tiempos difíciles, como dictó la profecía de nuestros antiguos, once reyes humanos traspasaron los límites de un mundo hasta entonces desconocido para ellos. Un mundo al que nuestro dios supremo, Akelow, llamó Lamsor. Antaño lleno de vida y próspero como ninguno, la magia hervía hasta en el más ínfimo ser. Repartido el mundo entre los hombres, estos fundaron once tierras; once reinos donde impartirían su poder. Ashter, el Bárbaro, habiendo pactado con los magos de Coveor, asentó su trono en Morgath. Quiro, el Invencible, estableció su poder en Teramunie. Condant, el Piadoso, hizo lo propio en Yumsiro. Pimhar, el Indomable, se hizo con las Islas Dorhem —actualmente llamadas Islas del Archipiélago Sur— y con el dominio de Waremuia. Korard, el Temible, fundó Lunamore; y Samsar, el Honorable, a base de largos años, conquistó Linas Domis. Guimer, el Cautivo, colonizó Rimoar. Acordam, el Legendario, tras numerosas confrontaciones con la tribu de hambreñas que dominaba el Pantano Esectu, estableció su trono en Carlem. Videm, el Solitario, en Gores; mientras Muraum, el Conquistador, dominó el reino de Sicrond. Por último, Lamerth, el Menor, se hizo con las tierras de Abedh. Solo los dominios de la elfa Mindah y el Quindalem fueron respetados. Culturas latinas se mezclaron con élficas; anglosajonas y orientales compartieron hermandad con alfabetos lamsorianos. Los sueños de los hombres se cumplían en Lamsor y sus dones jamás se vieron menospreciados, pero uno de los once, el de corazón más oscuro, los traicionó a todos. Muraum, conocido como el Conquistador, corrompido por la maldad, la codicia y las ansias de poder, rompió el equilibrio del bien. Su impetuoso afán por la conquista de territorios se tradujo en violentos enfrentamientos, donde el derramamiento de sangre jamás se vería enmendado. Horrorizados por lo oscuro de su poder, los restantes diez reyes de Lamsor se aliaron contra él. Tras una batalla infernal, en la que el mismísimo Akelow intervino, Muraum fue derrotado y confinado en el fin del mundo, donde el mar no llega y el viento no se siente. El reino de Sicrond fue

tragado por el Océano del Oeste, el cual —habiendo sometido tanta maldad— quedó seco para siempre. El rey maligno permaneció allí hasta el final de su existencia, convirtiéndose en padre de los que todos consideraron como los Sin Nombre. Horribles criaturas obligadas a vagar por los confines de un mundo que no las aceptaba, destinadas a pagar por unos crímenes de sangre que hasta entonces se consideraron leyenda».

«Leyenda de la fundación de los once reinos»,

Compendio de Lamsor. Libro C

[Fragmento]



PRÓLOGO

Más allá de las ásperas tierras de Yumsiro, habiendo atravesado el país de Carlem y recorrido el este del Océano de Lim, crece un lugar escondido al sur del inmenso mundo de Lamsor: el antiguo reino de Lunamore. Un país de enorme riqueza y esplendor. En Lunamore nunca hace calor ni tampoco un frío gélido como el de los crudos inviernos de Morgath. El Océano de Lim corona sus costas y el conocido como Bosque de las Almas domina su lado oeste. Si desde allí se alza la mirada, se alcanza a ver su castillo, inalterable y majestuoso. Sus grandes bloques de piedra gris y sus esbeltas torres —tan altas que sus puntas parecen rasgar el cielo— recuerdan a los castillos de arena cuyos maestros infantiles sueñan en dar vida.

Un castillo, un poder, un reino, que por su enorme riqueza no tardó en sucumbir a la codicia. Tras la muerte del primer rey, Korard, la debilidad de sus sucesores sumió a Lunamore en un pozo de caos y destrucción. Recelos. Enfrentamientos. Muerte. La guerra con los países vecinos estalló sobre el papel, pero el conflicto sangriento no se hizo esperar. Temerosos de un destie-

rro similar al sufrido por Muraum y los suyos, los lunamorienses clamaron ayuda a Akelow. Y Akelow, en su divina gracia, escuchó sus plegarias.

Aterrado con la idea de ser derrocado, el rey se ocultó en las montañas, pero ni él ni su guardia pudieron evitar lo inevitable. El lazo de maldad en torno al trono lunamoriense se vio segado por la llegada de una reina. Una reina que supo poner los derechos de su pueblo por encima de su trono.

Aún hoy, recuerdo mis primeros pasos por aquellos amplios patios, por aquellas aldeas que bordeaban el castillo, por aquel Bosque que tanto amé. Anoche desperté con un mal presagio: había empezado a olvidar. Los recuerdos se diluían en mi memoria como el agua entre los dedos, sin poder ser salvados, al borde de un precipicio cuya caída tenía las horas contadas. No pude volver a conciliar el sueño y con el rostro entre las manos me preguntaba amargamente: «Por qué, ¿por qué a mí?». Yo, que tanto tenía por contar. Pese a todo, se veía venir. *Escríbelos*, había sugerido el doctor.

Contemplé mi rostro en el viejo espejo colgado en la pared y el reflejo me devolvió una mirada en la que no habitaba la locura, pero sí el horror de saberme perdida. Me levanté y, con infinito cuidado de no despertar a la persona que dormía a mi lado, me acerqué al escritorio que había junto a la cama. Mis manos vagaron por la mesa barnizada y tomaron el cuaderno que me habían regalado días atrás. Lo miré, confusa. Había rechazado esa idea y en aquel momento me aferraba a ella con la desesperación de una moribunda. ¿Acaso no es así? ¿Acaso no me estoy muriendo? Me senté frente a él y acaricié su lomo, tentada de ojear las páginas en blanco.

¿Por dónde empezar? Sabía el final de la historia, yo misma lo estoy viviendo, pero me cuesta recordar cómo empezó. Los días, largos y cortos, que han ocupado mi existencia, me han permitido experimentar todo lo que un ser humano poco corriente es capaz de vivir; a saborear la dulzura de la juventud y afrontar el declinar de la enfermedad.

Esta, la mía, es una historia compleja. El festín y los sinsabores se entremezclan en un hilar de problemas. ¿Es acaso una historia feliz? No lo sé y posiblemente moriré sin saberlo, pero puedo asegurar que nadie amó ni se sintió más amada que yo.

Miré a mis espaldas, a aquella persona que conciliaba el sueño que me había retirado su amparo. Sonreí.

Esta es la historia de un amor que pudo ser y no fue, y la de un amor que jamás podría haber sido si no nos hubiéramos empeñado tanto en evitarlo. Días que jamás olvidaré en un mundo que tampoco podrá olvidarme a mí. Esta es mi historia.



CAPÍTULO PRIMERO

«LAS DOS CARAS DE UNA MISMA MONEDA»

— **D**e uno en uno, ¡he dicho! —vociferó el conductor del autobús.

Media docena de niños hacía cola a las puertas del vehículo en una amalgama de uniformes a rayas y cabellos repeinados. Los ojos ebrios de libertad miraban desde lejos el reloj del Ayuntamiento, que en ese momento marcaba las dos y veintiún minutos de la tarde.

Jane los observaba con desgana desde uno de los asientos traseros del autobús. Sirviéndose del dorso de la mano, se secó las gotas de sudor acumuladas en su frente. El calor incesante de una ciudad que, al menos en eso, no conocía tregua, sumado a la incipiente crisis —o eso decían las malas lenguas— que había recortado los suministros de aire acondicionado, hacían del ambiente una enorme bola de calor humano que se podía pesar. Delante de la muchacha, alguien se levantó para abrir una de las ventanas. El último niño subió al autobús y el vehículo retomó su marcha. Jane suspiró entonces, bajando la mirada hacia la carpeta que descansaba sobre sus rodillas mientras la débil corriente de aire jugaba con un mechón de su pelo.

Una sonrisa resignada y un cabeceo. Algo en el portafolios había llamado su atención: «Deberías emplear un vocabulario más acorde con tu edad», había escrito su profesor de Filosofía en la esquina superior derecha del primer folio.

Jane resopló. «¡Como si fuera tan fácil!», pensó apoyando la cabeza sobre el cristal. El autobús frenó bruscamente y un matrimonio de extranjeros tuvo que agarrarse el uno al otro para no caer al suelo. El vehículo acababa de afrontar la Gran Vía, por lo que redujo la velocidad y el único soplo de aire fresco, que hasta entonces había entrado por la ventana abierta, cesó.

La joven contempló su reflejo en el cristal al tiempo que se abanicaba con la carpeta, pero era inútil. El pelo castaño se pegaba a su rostro debido al calor y sus ojos verdes intentaban protegerse del sol como podían, entrecerrándose hasta rozar lo imposible. Por enésima vez había olvidado las gafas de sol en casa, concretamente encima del escritorio, donde se las imaginó riéndose de ella. La palidez de su piel se truncaba bajo los ojos, a la altura de los pómulos.

El autobús volvió a frenar en seco y el matrimonio de extranjeros murmuró, descontento, pero Jane ya no le prestaba atención. Su mirada seguía fija en el cristal. La persistencia de su ceño fruncido le recordaba aquello que había estado evitando.

«Debería regresar», pensó. Había esperado demasiado y pronto rebasaría los límites. *No hay elemento más delicado que el Tiempo, Jane*; se lo habían recordado tantas veces como veces había tentado a la suerte. No debía olvidar que Lamsor y la Tierra eran dos dimensiones diferentes unidas entre sí por un frágil equilibrio. Aunque la una podía funcionar sin la otra y cada una mantenía una cronología propia, al entablarse el puente entre ambas corrían el riesgo de...

Jane sacudió la cabeza. De nada servía ser tan agorera. Simplemente tenía que limitarse a seguir las normas que esa persona le había explicado hasta el punto de recitarlas de memoria. Pero recitar y cumplir eran dos términos muy diferentes y no era la primera vez que él le había recordado su cometido.

Si Jane había dilatado su regreso era porque sabía que no la echarían en falta, aunque se arriesgaba a que la sermoneara por su imprudencia y no iba a concederle semejante gusto.

El equilibrio, Jane, le había dicho en cientos de ocasiones. *Es una cuestión de equilibrio...*

Le daba vueltas a esa idea cuando se dio cuenta de que el autobús se había detenido en la última parada. Su casa. Bajó en silencio y enfiló el camino de piedras que rodeaba la urbanización mientras las sombras proyectadas por los árboles se extendían a su paso como un amable refugio para el duro calor que se desplomaba sobre la ciudad. No llovía desde hacía días y el señor del Tiempo había dado pocas esperanzas al respecto.

Jane sonrió levemente al contemplar el cielo, protegiéndose del sol con el portafolios. En Lunamore el clima no era así. Las suaves nubes protegían al pueblo y se podía sentir el rastro del mar en el aire. El Bosque, junto con los ríos, endulzaba su sabor, amansando el mar, alegrando la vista...

La puerta estaba abierta cuando llegó a casa y pudo ver a su madre a lo lejos, limpiando el jardín. La saludó brevemente con la mano y subió a su cuarto.

—Jane. —La muchacha se detuvo a mitad de las escaleras. Su madre se asomó a la puerta, llevaba un pañuelo rojo atado a la cabeza y le dedicó una cálida sonrisa al verla—. ¿Qué tal las clases?

La joven se encogió de hombros, tan levemente que no creyó que su madre lo hubiera visto. Pero ella siempre lo veía todo.

—Entretenidas.

Molly, la madre de Jane, era una mujer fuerte y entregada con más años a la espalda de los que le gustaba confesar. Su enmarañado pelo rizado era la envidia de las peluquerías y sus ojos ambarinos reflejaban una juventud que no se había perdido con el paso de los años. La modernidad, sin embargo, no le había hecho truncar sus ideales y lo había dado todo por sus hijos, abandonando una prometedora carrera como artista.

Siempre sonreía y Jane veía en ella un ejemplo de vida..., aunque no fuera precisamente el modelo que la joven aspiraba a

seguir. Pero sí había algo de Molly que Jane luchaba por imitar: sus ganas de vivir, su valentía, su fuerza y su instinto; aquel instinto que la llevó a no insistir cuando su hija desvió la mirada. Sabía cuándo quería estar sola.

La mujer la vio marchar escaleras arriba arrastrando la mochila tras ella. Negó con tristeza. La soledad de la muchacha se había convertido en el mayor sufrimiento para una madre que quería ayudar a su hija y no sabía cómo. Y Jane tampoco la dejaba. A sus ojos se mostraba mayor para su edad, más adulta incluso que ella misma. Su mirada siempre lucía triste y cuando sonreía lo hacía igualmente con tristeza, como si hubiera un muro detrás. Pero no siempre había sido así. Algo le había ocurrido a su hija y ese algo le había hecho madurar demasiado deprisa.

Sin embargo, de nada servía darle vueltas. Conocía lo bastante a Jane como para saber que preguntarle sería una batalla perdida. Suspiró y, echando una última ojeada al piso de arriba, volvió al jardín, donde sí podía servir de ayuda.

Jane dejó la mochila sobre la cama y contempló la pared con la mirada perdida en las motas de polvo. Estas danzaban con indolencia en el derrame de luz que se colaba entre las cortinas.

«Han pasado casi tres meses», pensó. El problema era que no recordaba por qué había decidido marcharse la última vez, y aquello era algo malo. ¿Y si aparecía en medio de una conversación? O, peor aún, ¿y si se había marchado cuando estaba en el Bosque porque esperaba haber regresado antes? Un grave error. Los habitantes del Bosque de las Almas eran los únicos capaces de advertir sus ausencias y el uso indebido de su poder podría trastornarlos. Era algo que también le habían advertido.

Tres meses se había dilatado su presencia en la Tierra, por lo que le correspondía una buena estancia en Lamsor; concluyó calculando los tiempos con los dedos de ambas manos. Si le hubieran dado la opción de hacer lo que le viniese en gana, habría dado la espalda a su vida terrestre y vivido en Lamsor hasta el final de su existencia. Ahí estaba la clave de su inquietud. No conseguía

recordar las razones que le habían empujado a marcharse de Lunamore tantos meses atrás. Lo único que tenía claro era que no había sido por el famoso equilibrio que debía mantener, porque aún le quedaban cinco días en Lamsor para superar los límites.

Siempre al borde del barranco, viviendo como una temeraria...
De nuevo él. Su timbre de voz, las palabras que le había escuchado tantas veces. Sabía que era imposible que su presencia llegara a esa dimensión y que solo la estaba imaginando; por eso le dio tanta rabia, porque no podía sacarlo de su cabeza incluso cuando no lo tenía delante.

Se llevó esas mismas manos que habían estado haciendo las cuentas al rostro. Suspiró.

Jane compartía vida con el estrés y las prisas. La dureza de su situación era demasiada para una chica de tan solo diecisiete años, pero una vez empezada la partida no podía abandonar. Lunamore se había convertido en parte de ella; una parte como podían serlo sus pulmones.

Negó. No quería pensar en ello... En realidad, no quería pensar en nada. Cerró los ojos y un torbellino de aire recorrió su cuerpo. Se sintió volar por el tiempo... Un instante; un momento bastó para estar en un sitio totalmente distinto, en un tiempo ajeno, en un mundo infinito. Al fin y al cabo, en casa.



Cuando abrió los ojos, ya no la rodeaban una cama y una mesa de estudio. En su lugar se alzaba una gran habitación, semejante a una biblioteca, con suelos de madera y paredes decoradas con motivos cambiantes. Las estanterías parecían haber sido barnizadas recientemente y las mesas estaban repletas de libros que conformaban un extraño *collage* de temáticas: mapas, novelas, compendios, testamentos, etc. El Quijote, con gusto, habría muerto allí.

Una gran y única lámpara colgaba del techo, con pequeños luceros de cristal que descendían en gráciles figuras policroma-

das. Tapices animados coloreaban las paredes y aclimataban el ambiente. Un mapa medio abierto reposaba en la mesa del centro y, sobre él, un ejército de seres diminutos —como pequeños caballeros de plomo, pero autómatas— se disponía en posición de combate. Jane fijó su mirada en ellos y en los minúsculos cañones que disparaban torpedos de fuego que morían al caer sobre el papel. Era algo fascinante, propio de cuentos.

Parpadeó intentando despejarse. El “traslado” siempre la mareaba y normalmente tardaba uno o dos minutos en situarse por completo, pero aquella vez no dispondría de ese tiempo. Un general del ejército se alzaba frente a ella y sus ojos indicaban que esperaba una respuesta.

—Perdonad —se disculpó, un tanto abrumada. Cercano a ella había un sillón, donde se sentó con toda la elegancia que pudo—, ¿qué decíais?

El soldado la miró, extrañado.

—¿Os encontráis bien, Majestad? —inquirió con cuidado.

Jane se maldijo por haber dejado aquella conversación inconclusa. Respiró hondo, se despejó del todo y lo miró de nuevo.

—No debéis preocuparos —le aseguró con gesto amable.

El general asintió. Las luces de las lámparas incidían en su coraza de metal, arrancándole destellos plateados.

—Mi Señora, nuestros hombres se preguntan qué hacer frente a la batalla contra Morgath.

La muchacha negó con pesar. «Otra guerra...». Definitivamente esa era la razón por la que había decidido “irse”.

—General Naiser —dijo—, avisad a las tropas. Mandaremos a la quinta brigada. Habrán de marchar acompañados de tres magos y un aprendiz —ordenó, severa—. No dudéis en informarme si algo se tuerce.

—Así lo haré, Mi Señora —le aseguró.

Jane sonrió. Una media sonrisa triste.

—Que Akelow os proteja.

El general inclinó la cabeza y se marchó. Ni el soldado más poderoso del reino osaría contradecirla. Los lunamorienses res-

petaban y acataban las decisiones de su reina, pues sus mandatos habían dirigido al reino a un remanso de paz.

Su historia era bien conocida entre los lugareños, aunque no completa; solo una versión filtrada que dejaba fuera de la ecuación la existencia de cualquier otro mundo. Los historiadores de Lunamore la habían titulado: *Leyenda de la reina de cristal*.

Una fría noche, de uno de los inviernos más crudos que recordaría la comarca, algo alteró a los oyentes del Gran Oráculo de Lunamore. El dios de sus antepasados anunciaba la venida de una niña que cambiaría el curso de los acontecimientos, una niña que restauraría la paz que tanto habían anhelado. Su ansiada reina llegó como habían predicho los oyentes, en una noche tan fría como la del anuncio de su venida. Jane, que allí sería conocida desde entonces como la reina Elhanis —que en lamsoriano significa *esperanza*—, ocupó el trono del reino y fue reconocida por todos como reina y Señora de Lunamore. En aquel entonces, la joven solo contaba catorce años de edad, pero supo gobernar correctamente. Tuvo aliados, por supuesto, aunque fueron sus instintos los que guiaron su mandato. Jane amaba a su pueblo y su pueblo la correspondía.

Con la llegada de la nueva reina, todo cambió. Los campos, aquellas tierras masacradas por la guerra, revivieron y se convirtieron en los más fértiles de todo Lamsor. Los cauces de los ríos volvieron a ser caudalosos como antaño y todo el reino animal rejuveneció de manera inexplicable. Los más fanáticos y aduladores proclamaban por las calles del reino que la belleza de la nueva soberana había llevado a cabo todo aquello, pero lo cierto era que no había una explicación más lógica que esa.

Sin embargo, ni siquiera la juventud de la monarca conseguiría evitar que, como todos los buenos tiempos, ese también alcanzara su fin. Pronto Lunamore comulgaría con el caos que se estaba desarrollando en el resto de Lamsor.

—Elhanis —una voz ronca la sacó bruscamente de su ensimismamiento.

Se volvió hacia la mujer de pelo canoso que acababa de entrar

en la sala. Jane dirigió un gesto a los presentes. Todos los ancianos que merodeaban por la Biblioteca Real en ese momento dejaron lo que estaban haciendo y abandonaron la habitación.

—¿Qué ocurre, Minure? —inquirió cuando se quedaron a solas.

La aludida, de apariencia pequeña y regordeta, largos cabellos —que antaño habían sido negros— recogidos en un moño y mirada austera, se acercó hasta ella. Sus ojos escondían más sabiduría de la reflejada en aquellos iris marrones.

—Tengo que hablar contigo —dijo, sombría.

Jane asintió indicándole un sitio a su lado, donde la anciana se sentó y la miró con gesto grave.

—Ya sé lo que me vas a decir —suspiró la joven.

Minure no se anduvo con rodeos:

—Elha, la gente empieza a preguntarse quién o *qué* es realmente su reina —dijo—. Deberías salir más a menudo a la calle, relacionarte con los aldeanos...

—Lo sé —contestó, cabizbaja.

La anciana suavizó el gesto, aunque sus ojos se mantuvieron severos.

Jane no pudo evitar preguntarse lo que ocurriría si le dijera a Minure que apenas llevaba cinco minutos en Lamsor y ya había enviado a más de cuatro mil hombres a la guerra. Posiblemente, pondría la misma cara que su profesor de Filosofía si le explicara las razones de que su lenguaje fuera tan barroco.

Aquella joven reina con rostro de ángel y mirada seria era lo que podríamos denominar “las dos caras de una misma moneda”. El pueblo de Lunamore adoraba a Elhanis, mientras que su vida terrestre se resumía en una sencilla muchacha de instituto que apenas despertaba el interés de los que la rodeaban.

—No es fácil para ninguno evitar caer en la tentación de preguntarse qué le ocurre a Su Majestad —le confesó Minure con más tacto—. Recuerda que cada día que pasa pareces más joven.

La muchacha no la miró cuando dijo:

—¿Y qué puedo hacer yo? Tampoco para mí es fácil.

—Lo sé, pero habrás de afrontarlo, te guste o no.

Y la conversación terminó ahí. Corrían tiempos difíciles para el reino, y Jane no podía preocuparse por dar paseos por los alrededores del castillo. Había mucho que hacer y no iba a permitir que las cosas salieran mal. Aun así, decidió tomar en serio las palabras de Minure. Su anciana ama tenía razón.

No obstante, había asuntos mucho más acuciantes que buscaban ser resueltos cuanto antes. Numerosos países vecinos habían entrado en guerra entre sí, y Lunamore se había visto envuelta en esos acontecimientos, pese a que hacía mucho que no habían tenido necesidad de duelos. Jane temía que todos sus esfuerzos por intentar que Lunamore, su reino, su hogar, no volviera a derramar sangre, estuvieran a punto de desmoronarse.

Debido al mandato de sus anteriores reyes, y a los tratos oscuros realizados por estos con numerosos monarcas, Lunamore se había visto obligada a prestar ayuda a aquellos reinos bélicos que habían unido sus fuerzas a los frentes lunamorienses tiempo atrás. Era una cuestión muy simple: saldar una deuda. Así se lo habían hecho ver los ancianos del Senado, a los que Jane se había enfrentado por esta y otras cuestiones en docenas de asambleas.

Ahora Morgath había entrado en guerra con Rimoar por las tierras del antiguo Bosque de Almon, mientras que el reino de Teramunie luchaba desde hacía cuatro irias —meses— contra Yumsiro por el dominio del sur de las Colinas Ar. Waremuia estaba a punto de declararle la guerra a Carlem por problemas de estado. Hasta el momento, Rimoar y Teramunie habían pedido ayuda a los ejércitos de Lunamore, y Jane temía que pronto lo hiciera Waremuia.

La muchacha se dejó caer sobre el respaldo del sillón y cerró los ojos, sumida en sus pensamientos. Uno de los ancianos —los cuales habían regresado a la Biblioteca Real a la salida de Minure— pasó por delante de ella cargado de libros que hacía levitar por encima de su cabeza.

Abrió los ojos y giró el rostro. Las vidrieras de los vanos de la Biblioteca Real captaron fugazmente su atención. Eran, junto

con las del Templo Mayor de Lunamore, las más interesantes de todo el reino. Numerosos artistas y estudiosos las habían admirado en sus escritos, detallando su tratamiento delicado y los motivos decorativos dedicados a ensalzar las hazañas bélicas de Lunamore.

Jane sonrió con ironía. Siempre le había sorprendido cómo esos episodios tan crueles y sangrientos se habían podido traducir en aquellas filigranas de hierro y cristal de vivos colores que embriagaban las pupilas de quienes las contemplaban. Analizó los personajes representados en ellas: hombres fuertes y robustos que parecían tener el poder del mundo en sus manos... o en sus espadas.

Esa imagen hizo que sus pensamientos volaran a asuntos más incómodos. Por si fuera poco, numerosos pretendientes de grandes reinos hacían cola a las puertas del castillo buscando cortejarla. Como Jane no había despertado pasión por ninguno de ellos, al final eran despedidos con orden de no regresar, a menos que sus motivos fueran otros, no relacionados con la reina y sus posesiones.

El Senado no veía con buenos ojos las acciones de la reina. Algo que —por otro lado— no era de extrañar, pues las conspiraciones por parte de los nobles eran casi igual de constantes que las proposiciones de matrimonio, sobre las que Jane había forjado una teoría tan acertada que solo bastaba una palabra para confirmarla: cada mes que pasaba, las propuestas de matrimonio se incrementaban y tras muchas de ellas se adivinaban las garras del Senado, buscando en todo momento inclinar la balanza de poder a su favor. Una balanza establecida tiempo atrás por el propio reino de Lunamore...

Pese a la presencia de Akelow tras la nueva reina, los lunamorienses no habían querido arriesgarse a apostarlo todo a una sola carta. Por ello, se decidió en asamblea extraordinaria y —por primera vez en la historia de Lunamore— a mano alzada, la decisión de dividir el cetro del reino en dos poderes equitativos: un rey y un Senado. De manera que el rey no tendría poder absoluto

sobre las decisiones del reino y el Senado —hasta entonces considerado un simple consejo de ancianos— tendría que someterse a la palabra de un rey.

Un trato muy justo, si no fuera porque el Senado estaba formado por doce nobles frente a la única persona que ostentaba la corona. El ser mujer en tiempos de guerra tampoco ayudaba mucho. Los nobles no se fiaban de ella. Decían que el corazón de una dama era demasiado débil para soportar el peso de un reino.

—Debéis contraer matrimonio, Majestad —había dicho lord Garmen en una de las últimas reuniones.

La idea fue rechazada por la monarca y su resolución quedó suspendida en el aire. Pero Jane temía que las propuestas del Senado se convirtieran pronto en amenazas y que su lugar en el trono fuese puesto en entredicho. Lo “bueno” que tenían las guerras vecinas era que el reino, y el Senado por descontado, tenía problemas más acuciantes que el estado civil de Su Majestad.

Se levantó del sillón con decisión y huyó de la sala en dirección a las caballerizas. De camino a estas decidió cometer la imprudencia de no avisar a nadie. Necesitaba estar sola.

Atravesó el pasillo que conectaba la Biblioteca Real con el descansillo del tercer piso y enlazaba con las escaleras que conducían a las cocinas, situadas en el ala este de la primera planta. Cuando entró en ellas, los cocineros reales se volvieron a una para mirarla. Jane los saludó con educación y desapareció por la puerta trasera, la cual daba al exterior y a las escaleras que bordeaban el castillo hasta el piso inferior.

Con la Plaza Mayor atrincherada por guardias, se dirigió a las caballerizas, situadas frente a las enormes puertas de madera que custodiaban el castillo. Altísimas murallas se alzaban rodeándolo; vestigios del pasado oscuro de Lunamore.

La puerta estaba entornada y no encontró a nadie en el establo cuando la abrió. Sonrió para sus adentros. A juzgar por la hora, los centinelas debían de estar almorzando. El castillo albergaba hasta tres cobertizos. El más grande lo ocupaban los caballos del ejército, otro más pequeño para los de los mensajeros y los desti-

nados a tirar de los carruajes, y ese último reservado a los mejores corceles. Junto al de la reina, había hasta catorce caballos más.

Cerró la puerta tras de sí y se acercó hasta la parcela de su yegua con una sonrisa.

«*Scintilla*», le susurró en silencio. «*Te he echado de menos*».

Los ojos violáceos del animal se volvieron hacia la reina. En ellos destacaba una agudeza impropia de su especie. Era el caballo más hermoso de todo Lunamore y se habían criado prácticamente juntas.

Jane acarició sus crines y suspiró. El blanco y suave pelaje de *Scintilla* hacía las delicias de los visitantes. Elhanis no era una reina al uso y acostumbraba a montar sobre su propia yegua en los actos oficiales, procesiones y desfiles. Quien no conociera a *Scintilla* no había pisado Lunamore en los últimos doce años.

—¿Damos una vuelta? —sugirió con voz despreocupada acariciando su hocico.

«*Llevaba días deseando que me lo preguntaras*», le confesó el animal.

Jane sonrió.

El suelo de las Montañas Nores se estremeció al paso veloz de Jane y su majestuosa yegua. El viento arremetía contra sus cabellos y la joven reía, divertida, sintiéndose la persona más libre del mundo.

Asomando por la cima de las Montañas Nores, el Castillo de Lunamore se revestía de una grandeza superior a la que ya poseía. La fortaleza miraba a las aldeas vecinas que pululaban en el valle de la montaña, al enigmático Bosque de las Almas por el oeste y al inmenso Océano de Lim por el sur. Las playas de la costa se fundían con los campos de flores y la vegetación cercana al Cabo Guemerim y al Cabo de Sirh. Jane adoraba aquellas costas que expiaba por las noches desde su dormitorio, situado en una de las torres más altas del castillo.

Pero sus intenciones no se dirigían allí sino al Bosque de las Almas, el lugar más temido por los habitantes de la comarca. El

favorito de Jane. Numerosas leyendas acerca de él —la mayoría inventadas por ingeniosos ancianos para entretenér a sus nietos— corrían por las calles del reino. En Lamsor la gente no solía ser muy crédula con las leyendas, excepto cuando estas tenían que ver con criaturas desconocidas cercanas a sus dominios; entonces las consideraban tan ciertas como que el sol salía por la mañana y la luna lo relevaba al caer la noche. Creer que el Bosque de las Almas era peligroso suponía un error. Un error que perduró por los años..., alcanzando una moraleja común: nadie, bajo ningún concepto, debía aventurarse entre sus espesos y tenebrosos árboles.

Sin embargo, Jane era una de las pocas personas que sabían que aquel lugar —y las criaturas que en él aún hoy moran— bien lejos estaba de perturbar la mente, el alma y el cuerpo tanto como querían hacerle creer. El peligro no era real, siempre y cuando la persona que acudiera al Bosque supiera cómo aventurarse en él.

Aquel lugar contenía numerosos pantanos escondidos bajo la palidez de sus tierras. Sin embargo, la ubicación de estos era fija y no se engañaba con ello a los visitantes; al contrario de lo que apuntaba una de las citadas leyendas.

«No todas las leyendas son falsas», pensó Jane mientras sentía el Bosque cada vez más cerca. Una sombra cruzó su rostro. No, no todas eran falsas, al menos no la que le incumbía a *él*. «Debería haber sido menos ingenua», se dijo. La brisa del mar la envolvió en un refrescante abrazo, como si fuera consciente de la angustia que había nacido en el pecho de la joven, la misma que habría sofocado su aliento de habérselo permitido; pero no iba a hacerlo. No sin esfuerzo, Jane consiguió replegar sus pensamientos hasta encerrarlos tras siete candados.

Al llegar a la entrada del Bosque, ordenó a Scintilla que redujera la velocidad. Con la mirada fija en los cascos de su yegua, atravesaron los primeros árboles.

«*No entiendo a qué viene este repentino brote de desconfianza*», le recriminó el animal, molesto por la supervisión de Jane. Aquel comentario rompió la tensión que seguía presente en el ceño

fruncido de su dueña, y Jane se echó a reír hasta el punto de tener que detenerse en medio del entramado vegetal.

Sin proponérselo, Scintilla tenía el don de la oportunidad en ciertas ocasiones.

—No es una cuestión personal —le aseguró—. Tirlo me comentó hace unos días que habías perdido facultades.

«*¡Ese estúpido mozo!*», bramó, ofendida. «*No dormí bien la noche anterior al examen, eso es todo. Jamás había suspendido una prueba de orientación...*».

Jane iba a ordenarle que retomara el paso cuando un ruido ahogó sus palabras. Sintió cómo su yegua se tensaba y también ella fijó la mirada en el árbol caído que tenían delante. Un musgo blanco cubría su enorme tronco y las pequeñas flores que crecían sobre la madera comenzaban a mustiarse, pero eso no era lo que había captado su atención.

«*Hay algo ahí*».

La reina frunció el ceño. Ella también lo veía. Unas garras blancas arañaban el musgo, arrastrando las flores a su paso.

—¡Mostraos! —ordenó con voz firme.

Al instante, un emerio se enderezó como movido por un resorte. Los emerios eran grandes moles —a simple vista uno no sabía dónde acababa su cuerpo y dónde empezaba su cabeza—, cuya piel mudaba de color al tocar otros objetos. Poseían un carácter bonachón, algo que no casaba mucho con su aspecto, y su mayor pasatiempo consistía en hacer amigos.

Pese a su monumentalidad, esos seres solían ser muy asustadizos y aquel no era una excepción. Su blanco pelaje se mimetizó al momento con el árbol tras el que ocultó parte de su cuerpo, aunque una buena cantidad de musgo blanco siguiera entre sus zarpas.

Yegua y reina suspiraron aliviadas.

—Perdonadme, Caron —dijo Jane—, no pretendía asustaros. —Sonrió con dulzura—. Podéis seguir con lo que estabais haciendo, nosotras continuamos con nuestro camino —añadió espoleando a su yegua.

—Majestad... —susurró inclinando la cabeza y volviendo a su tarea.

El musgo blanco era bueno para los árboles caídos, ya que pudría su tronco y les permitía abonar el suelo, además de dejar lugar para los nuevos brotes. Pero los emerios eran unos románticos, se negaban a dar por perdida la causa.

—Querida mía, eres una neurótica —comentó Jane mientras dejaban atrás al emerio—. Ves fantasmas donde no los hay...

«*Dicen que los caballos nos parecemos a nuestros dueños*», bufó Scintilla. «*Bien sabes que preferiría mil apariciones antes que tropezarme con lo que verdaderamente temo*».

—Eres injusta —negó—. Él no te ha hecho nada para que...

«*Te lo ha hecho a ti*», le recordó.

La joven iba a negarlo, pero una profunda tristeza la invadió al comprender las palabras de Scintilla. Los siete candados cedieron bajo la violencia del huracán emocional. Conocidas imágenes volaron a su mente, acompañadas de un dolor que se afanaba en olvidar. Quería fingir que el pasado no importaba, que la huella que aquel ser había dejado en ella no era tan honda; pero era inútil.

—Eso fue hace muchos años —susurró, incapaz de mentir en voz más alta.

Sus pasos las llevaron a un claro del Bosque, donde desmontó de su caballo. Aflojó las cinchas de Scintilla y se sentó en el suelo, entre aquellas flores que tanto le gustaban. No hablaban, al contrario de lo que aseguraba una de las citadas leyendas, pero sabían escuchar.

Crecían lentamente a su alrededor, acusándola del tiempo pasado, del que solo las criaturas del Bosque y Jane eran conscientes. Quizás sí fuera una ventaja que nadie más que ella visitara aquel lugar.

Jane —o Elhanis— era una chica de diecisiete años —aparentemente— que llevaba desde los catorce encerrada entre las paredes de un castillo con el que cualquiera habría podido soñar. Sin embargo, pronto se cumplirían doce años de su llegada a aquel

mundo, el cuádruple de los que su imagen aparentaba haber vivido, y eso daba de qué hablar a las gentes del reino.

No hablaréis con nadie sobre vuestra vida terrestre ni desvelaréis el don que ahora poseéis. Conoceréis el resto de detalles a su debido tiempo, eran palabras que Jane llevaba marcadas a fuego en la memoria; palabras que el mismísimo Akelow le había dedicado la única vez que se había puesto en contacto con ella.

Este es un secreto que solo compartiréis vos y...

Un ruido la arrancó de su ensoñación. Abrió los ojos de golpe y descubrió con asombro que la noche se le había echado encima. Pero aquello era imposible, acababa de llegar al Bosque. A menos que...

«Debo de haberme quedado dormida», pensó, aturdida. De nuevo aquel ruido, como si algo o alguien agitara las ramas de los árboles. Una alarma se activó en su cabeza. Se levantó de inmediato y se giró hacia su derecha con todos los músculos en tensión, descubriendo a la criatura que avanzaba lentamente hacia ella.

—Vos —musitó, sorprendida.

El ser inclinó la cabeza y Jane se perdió en la palidez mortecina que emanaba de su cuerpo y en aquella misteriosa aura que lo envolvía a cada paso. Algo se movió en su interior, un sentimiento que la joven se esforzó en asfixiar. Aquel ser podía leer en ella como un libro abierto y no iba a permitirlo.

«*No deberíais permanecer aquí de noche, sabéis que es peligroso*», le advirtió en su mente, como solía hacer.

—Se me ha hecho tarde —se excusó buscando a su yegua. La descubrió escondida tras un árbol, contemplando con ojos aterrados al ser que acababa de materializarse en el lugar.

Scintilla tenía razón: era inteligente temer a Leinhar. Aquella criatura media dos veces la altura media de un caballo, y su imagen —tan blanca, tan... mortal— estremecería a cualquiera. Lucía un imponente cuerno en espiral en medio de dos ojos ambarinos, profundos como pozos. Cuatro enormes alas nacían de su lomo, magnificando su presencia.

—¿Qué hacéis aquí? —Ella no lo temía, al menos no tanto. La voz de la muchacha se arrastraba sobre un deje de rencor y Leinhar lo advirtió.

«*Volved al castillo, Majestad*», le aconsejó alejándose de ella. «*Oscuras criaturas caminan ahora entre estos árboles... Hace días que el Bosque de las Almas dejó de ser seguro*».

—¡Esperad! —lo detuvo— ¿Qué queréis decir?

El ser no añadió nada más, pero volvió su mirada hacia ella y algo en sus ojos hizo que la sangre de Jane se congelara. Ese breve contacto bastó para que comprendiera. Jadeó, horrorizada.

—¿Qué d...?

«*Hacedme caso, Señora*». Y desapareció.

Jane corrió hacia Scintilla y subió a su lomo como alma que lleva el diablo. Sus manos temblaban cuando asieron las riendas.

—¿Hoy no os quedáis, Majestad? —inquirió una voz a sus espaldas.

La muchacha gritó y al instante siguiente se arrepintió. Había vuelto a asustar a otro de los emerios; iba a conseguir que le retiraran su amistad. Con una sonrisa débil se disculpó cuando lo vio emerger de la corteza de uno de los árboles, en el que se había refugiado en un primer momento por temor al Guardián del Bosque.

—Hoy no, Rudem —negó con voz dulce, enmascarando su preocupación—. Mis amigos me esperan.

Aquel ser la miró en silencio un instante y asintió.

—Hay que ser fiel a los amigos. Buenas noches, Señora.

El emerio se perdió entre la maleza, espantando a un par de aleterreas a su paso.

—Buenas noches —musitó.

Cruzó la playa llevando a Scintilla hasta los límites del agotamiento. Ya no había risas, ni libertad ni viento meciendo cabelllos. En su lugar: pánico, angustia y frustración.

«Los Sin Nombre...», gimió. Entre el traslado a la Tierra y su preocupación por las guerras vecinas, lo había olvidado. Desde

hacía más de dos semanas, una oleada de crímenes sangrientos se había extendido por los reinos del sur. Crímenes cuya atrocidad había hecho pensar directamente en ellos: en los Sin Nombre. Aunque eso fuera poco menos que imposible, aunque el mismo Akelow se hubiera encargado de fortalecer los lindes de sus dominios, la mirada de Leinhar no emigraba de su mente. Por primera vez había visto miedo en sus ojos.

—¿Dónde has estado? —Minure trinaba cuando la escuchó subir las escaleras. Había montado guardia en la entrada del dormitorio de la reina. De no haber tenido preocupaciones más serias, Jane se habría preguntado si no se estaría tomando demasiado en serio su trabajo.

—Salí a pasear y se me hizo tarde, lo siento.

La anciana la siguió hasta el interior de su dormitorio martirizándola con sermones acerca de la seguridad, la prudencia, el deber y la responsabilidad... Sí, sobre todo esa última.

—Lo siento, Minure, pero necesito intimidad —alegó empujándola hasta la salida, y le cerró la puerta en las narices.

—¡Elhanis!

Se dejó caer sobre la cama con un suspiro. Su mente seguía dándole vueltas al tema que preocupaba a Leinhar.

—¿Los Sin Nombre? —había repetido Jane cuando Leinhar le habló de ellos por primera vez—. ¿Por qué no tienen nombre?

El pegaso había sacudido sus cuatro alas al sentenciar:

«En cuanto a términos, la imaginación de los lamsorianos deja un poco que desear. En tiempos antiguos, los ancianos de Teramunie solían referirse a ellos como los qhiaruus, que en lamsoriano teramuniense significa oscuridad —le había explicado. Por aquel entonces, Jane llevaba pocos meses en Lamsor y aún no había tenido oportunidad de estudiar los diversos dialectos de aquella lengua tan antigua, pese a la instrucción de Leinhar y de los maestros—. Aunque fue un término que cayó pronto en el olvido, como si los lamsorianos no quisieran referirse a ellos».

Su dirigente, Muraum, no fue nunca un humano corriente.

La magia corría por sus venas y pronto se entregó a su lado más oscuro, convirtiéndose en uno de los nigromantes más poderosos de Lamsor. Se decía de los Sin Nombre que se cubrían con pesadas túnicas negras porque en realidad no tenían cuerpo. Sus rostros, según contaban las leyendas, eran el mismísimo reflejo de la muerte; y sus ojos... Un estremecimiento recorrió su espalda cuando recordó las historias que había leído sobre ellos. Eran muy escasas, porque incluso escribir sobre los Sin Nombre se consideraba un acto maldito. Las pocas personas que se atrevían a hablar de ellos aseguraban que si mirabas directamente a sus pupilas sería lo último que harías.

Tras numerosos enfrentamientos, los Sin Nombre habían sido finalmente retirados de la faz de la tierra, quedando sepultados en el confín del mundo. Repudiados por todas las criaturas que poblaban Lamsor.

Se llevó una mano al pecho intentando controlar los latidos de su corazón, que se había acelerado considerablemente al recordar el miedo que había visto en los ojos de Leinhar. Si el Guardián del Bosque no había encontrado una solución, no se le ocurría nadie que pudiera hacerlo.

Sin embargo, decidió confiar en él. Abandonaría esos oscuros pensamientos por el momento. Más calmada, se levantó y caminó hasta uno de sus baúles dispuesta a cambiarse, pero sus piernas flaquéaron y cayó al suelo. En un acto reflejo puso las manos por delante intentando no golpearse la cara y se quedó inmóvil sobre el frío mármol, siendo poco a poco consciente de la situación. No sentía las piernas y su corazón volvía a latir desbocado.

Maldijo para sus adentros.

—¡¿Elhanis?! —Minure aporreó la puerta como si tratara de tirarla abajo. Había entrado en pánico al oír el golpe seco. No recibir respuesta la alteró aún más.

Jane tragó saliva al tiempo que procuraba regular su respiración. Apenas lo estaba consiguiendo. Intentando que dejaran de temblar, apretó con fuerza las manos mientras las piernas seguían sin responder a sus inútiles esfuerzos por levantarse.

Podía escuchar los gritos desesperados de Minure al otro lado de la puerta.

—Maldita sea... —gimió, dolorida.

«Respira, Jane», se recordó. El conocido sabor metálico ascendió por su garganta y tiñó sus dientes de rojo. «Minure, date prisa...».

Un fuerte ruido gruñó a sus espaldas y la puerta del dormitorio se desplomó sobre el suelo. Un mago apareció tras ella sacudiéndose las manos.

—Solo había que... —dijo, pero Minure lo apartó con violencia y se arrodilló al lado de la muchacha.

—¡Elha!

La aludida intentó levantarse de nuevo, pero era imposible. La energía que hasta hacía unos momentos había discurrido por su cuerpo cesó su cauce. Otras voces se sumaron a la preocupación de su ama. Jane era incapaz de escucharlas. La confusión se adueñó de la sala mientras los ojos de la monarca se cerraban pesadamente.

Cuando los abrió, la habitación estaba a oscuras y ella descansaba sobre su cama. La cabeza le dolía a rabiar. Cuando alzó una mano para palpar su frente, descubrió que seguía temblando. Sus dedos toparon con lo que parecía ser una toalla empapada de agua fría. Pese a que en Lamsor la magia fuera común en todos los reinos, había remedios que no podían competir con los de la Tierra.

Minure roncaba a su lado con medio cuerpo fuera del sillón, la cabeza recostada en el respaldo y la boca entreabierta. Jane sonrió, conmovida.

«Con todos los disgustos que te doy...», pensó. Su ama podía llegar a exasperarla, pero jamás se había apartado de su lado. Una fidelidad muy valorada en los tiempos que corrían.

La sonrisa se congeló en el rostro de Jane cuando captó la luz que brillaba a lo lejos, tras el sillón donde dormía Minure, a través de la ventana. Se habría levantado a contemplarla de no haber estado tan débil. La luna lucía alta aquella noche. Domi-

nante, magnífica, poderosa y... cruel. Con su redondez perfecta parecía burlarse de ella. La miró con odio, sus ojos vacilantes ante aquella visión, y contempló de nuevo las manos que tiritaban sobre su regazo.

Jane llegó a Lunamore en una noche muy similar a aquella, años atrás, y durante todo ese tiempo fue reconocida por los lunamorienses como una mujer fuerte que sabía gobernar correctamente a su país..., pero también como una reina frágil, presa de una terrible enfermedad que volvía a ella las noches de luna llena. Así durante tres días, cada tres meses... como una terrible maldición. Nadie había encontrado una solución porque no la había, y aquello martirizaba la mente de todos los médicos que la habían tratado. El diagnóstico era tan claro y desolador que resultaba imposible de creer: la enfermedad que Jane padecía era única en el mundo y, no solo carecía de cura, sino que además la conducía a una muerte lenta y cada vez más dolorosa. Como la travesía en barca con un Caronte que se ensaña con su cliente.

Por supuesto, el Senado había sabido aprovechar la oportunidad con los escrúpulos de un carroñero:

—Lunamore necesita un heredero —había dicho uno de los lores—, pues la reina está enferma.

Aquellas palabras empezaron a propagarse por el reino como un eco imparable que pronto estuvo en boca de todos los lunamorienses. Se le revolvió el alma al escucharlo por parte de uno de los soldados más jóvenes. Jane había mantenido aquella situación en secreto durante años, justificando sus ausencias a través de la complicidad de su servicio. Pero el telón había caído y su realidad fue expuesta con la crudeza de un forense que retira la manta del cadáver que acaba de examinar.

Era cierto que estaba enferma, pero no era razón suficiente para someterse a la vara del Senado. Primero porque no estaba preparada para ser madre. En segundo y último lugar porque para ello debía contraer matrimonio y no estaba dispuesta a hacerlo todavía. Además, solo existía una persona en ambos mundos con quien aquellas dos razones se evaporarían al instante.

«Nadie permitiría vuestra unión —le había dicho Leinhar hacía tiempo, cuando ella había comenzado a hacerse ilusiones—. *El Senado se os echará encima si lo elegís como esposo; recordad de dónde viene ese joven, Elha*».

—Nunca me han importado sus orígenes, Leinhar —había replicado ella.

Jamás se le olvidaría el modo en que la miró el pegaso cuando dijo:

«*Vuestras decisiones no son libres.* —No solo había severidad en su mirada, sino también aflicción. Jane sabía lo que velaban esos ojos, porque no era la primera vez que no podía elegir, que no podía dejarse llevar por sus emociones—. *El Senado tiene la mitad del poder y sabéis que convencerá a los lunamorienses de que habéis tomado la peor decisión posible para el reino*».

La tristeza que Jane había sentido entonces era la misma que lucía ahora en sus ojos; unos ojos que miraron de nuevo a Minure. En medio de su desolada resignación, sintió que le faltaba aquella persona a su lado. Por mucho que Leinhar le hubiera dejado clara la situación, Jane seguía dudando de sus palabras. Sabía que el Senado se pondría en su contra, pero no estaba tan segura de que el pueblo secundara esa moción, porque Jane no era la única que adoraba a aquel muchacho.

La anciana se despertó, tal vez sintiéndose observada por los ojos llorosos de la joven. Se espabiló del todo y buscó sus manos, frías como el hielo.

—¿Cómo te encuentras? —le preguntó con voz dulce.

Pero Jane negó.

—¿Qué haces durmiendo en ese sillón? —inquirió— Minure, ya no eres precisamente una jovencita, deberías ir a tu cuarto y descansar.

La anciana la miró preguntándose si bromeaba, pero los ojos de la joven lucían serios.

—No puedo dejarte sola —le recordó.

Jane fue a replicar cuando descubrió que no tenía argumentos. Durante los tres días que duraba su recaída dependía completa-

mente de la ayuda de su servicio. No dejaba de ser algo peligroso teniendo en cuenta el acecho constante del Senado, pero Jane ya se había permitido buscar una solución: un joven al que confiaría su vida y a quien en ese momento anhelaba más que nunca.

Miró hacia otro lado, sintiendo que las lágrimas escapaban de las comisuras de sus ojos de manera irremediable.

—¿Dónde está Eric? —musitó.

Minure la miró con gravedad, pero no respondió. Sus ojos parecían querer evadir ese asunto cuando Jane se volvió hacia ella de manera inquisidora.

—Lo siento, Elha —murmuró finalmente—, pero no tenemos noticias de él... desde hace días.

La joven asintió; esperaba esa respuesta. Soltó las manos de Minure y le pidió que volviera a dormirse. Rechazó sus cuidados cuando la anciana tomó la toalla húmeda de su frente e insistió en medirle la fiebre. Jane le dio la espalda por toda respuesta y cerró los ojos. Intentaba no pensar en su amigo, pero su ausencia era demasiado notable.

«¿Dónde te has metido?», le preguntó al silencio. «Eric...».